

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

ALZA Y BAJA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAN DE

DON LUIS OLONA

SEGUNDA EDICION

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.º

1893

ALZA Y BAJA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON LUIS OLONA

Representada por primera vez en el TEATRO DE VARIEDADES en el
beneficio del primer actor don Julián Romea, en Abril de 1851.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRESA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1893

PERSONAJES

ACTORES

LA MARQUESA DEL OLIVAR..	DOÑA	MATILDE DíEZ.
EMILIA, su cuñada.....	»	JOSEFA RIZO.
EL BARÓN DEL OLMEDILLO..	DON	JULIÁN ROMEA.
EDUARDO, su amigo.....	»	MANUEL CATALINA.

La acción en una casa de campo cercana á Madrid.
Año de 1850.

Esta obra es propiedad de DON CARLOS OLONA Y DI-FRANCO, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

El teatro representa una sala elegantemente amueblada. Puerta al fondo: dos laterales. Una ventana de cristales, en segundo término de la izquierda del público: un espejo grande y una mesa de tocador, velador, sillones, butacas, consola con reloj y candelabros, etc.

ESCENA PRIMERA

LA MARQUESA y EMILIA. La Marquesa está en pié, poniéndose al espejo una cinta; para ello, elige entre varias que hay en una linda caja en el tocador. Emilia, sentada al piano, toca un vals.

MARQ. ¡Precioso vals! (Probándose una cinta.)

EMILIA. (Deteniéndose.) ¿Te gusta?

MARQ. ¡Mucho! ¿Quieres repetir ese último tiempo?

EMILIA. Al instante. (Pausa, durante la cual Emilia toca el piano, y la Marquesa lleva el compás con un ligero movimiento de cabeza, sin dejar por eso su tocador.)

MARQ. Se pega de tal modo al oído... ¡Taralará, la, la, larán! (Tarareando al par que Emilia toca.) ¡Oh! (Interrumpiéndose de pronto á sí misma con impaciencia.)

EMILIA. (Desde el piano, dejando de tocar.) ¿Qué es eso?

MARQ. Nada, continúa. (Probándose otra cinta.) Vamos, no hay una cinta que me agrade.

EMILIA. ¿Quieres que llame á tu doncella?

MARQ. ¡No, por Dios! Es tan pobre de instinto, que no acertaría... (Saca otra cinta.) ¿Qué te parece ésta?

EMILIA. Me gusta mucho. ¿Te la pongo?

- MARQ. Sí: porque temo no acabar en toda la mañana. Toma. (Le da una cinta á Emilia, que se acerca.) ¿Sabes que has adelantado mucho en el piano? (Emilia empieza á ponerse, mientras siguen hablando.)
- EMILIA. Así, así. .
- MARQ. ¡Oh, no! Cuando el verano pasado nos vimos en Bilbao, apenas preludiabas algún que otro allegro de las óperas más conocidas, y hoy... ¡vaya! ¡Eres una profesora!
- EMILIA. Pues hija, no todo es virtud. ¿Está bien? (Por el lazo que le ha puesto.)
- MARQ. ¡Perfectamente! (Mirándose al espejo.) ¡Gracias á Dios! ¡Conque... (Volviendo á Emilia.) no todo es virtud! ¡Desaplicada! Bien recuerdo, en efecto, que terminada la temporada de baños, te resistías á volver al colegio, y quisiste que me empeñara para ello con tu tía.
- EMILIA. Como que tu voluntad es siempre respetada por nuestra familia. Viuda de mi hermano, que era el jefe de ella...
- MARQ. Sigo representando su autoridad: por lo mismo no podía prestarme á tu deseo. Lo primero era aprender, formar tu educación, y...
- EMILIA. ¡Yal Como tú no estabas como yo los meses enteros encerrada en el colegio...
- MARQ. A bien, que ya has salido de él, para nunca volver; para estar siempre á mi lado.
- EMILIA. Donde me prometo desquitarme de mis pasadas horas de fastidio. Porque cuando el invierno se aproxime, dejaremos esta casa de campo é iremos á Madrid, ¿no es verdad?
- MARQ. Porque tú te diviertas únicamente.
- EMILIA. ¿Nada más que por mí?
- MARQ. Nada más. Yo no tengo humor para gozar de esas distracciones.
- EMILIA. ¡Calla! Pues no adivino la causa. ¿Qué te falta en el mundo para ser feliz? ¡Joven, hermosa, Marquesa por añadidura... y viuda! ¡Ay! ¡Quién fuera viuda!
- MARQ. ¡Emilia!

EMILIA. ¡No sé lo que me digo!

MARQ. ¿Aún no tienes marido, y yate ocupa la idea de verlo muerto?

EMILIA. Al contrario. Los vivos son los que me dan en qué pensar.

MARQ. ¡Vaya! ¡Que no sales poco despabiladita del colegio!

EMILIA. ¡Toma! En mis ratos de ocio me ocupaba en meditar sobre los hombres, sobre el amor.

MARQ. Pues ya hay para entretenerse, porque la materia es algo intrincada.

EMILIA. Sobre todo, cuando nadie le ha dicho á una todavía... yo la amo á usted. Tú... es diferente. Puedes elegir el que más te agrada. ¡Tendrás tantos que te rindan obsequios, y...! Esa es la razón porque dije: ¡quién fuera viuda! ó lo que es mejor, ¡quién fuera libre, para escoger un marido á su gusto!

MARQ. ¡Como tu gusto fuera tañ difícil como el mio!

EMILIA. En efecto. De pocos hombres te he oído hablar con interés.

MARQ. Porque ninguno de los que conozco lo merece. Todos son cortados por una misma tijera: tipos conocidos, que tienen á mis ojos una monotonía insoportable. Mucha palabrería insustancial, mucha adulación, mucho rendimiento...

EMILIA. ¡No eres poco exigente! Además, todas esas son muy buenas condiciones. A mí me gustan los hombres así, dóciles, sumisos, para gozar de su adoración.

MARQ. A mí, no. Yo los quiero inquietos, rebeldes... para domesticarlos. No hay victoria gloriosa, cuando el enemigo no la disputa con tesón.

EMILIA. Pues hija, yo soy muy amiga de la paz, y sobre todo, no quiero morirme soltera.

MARQ. ¡Ya! Cuando no hay otro remedio... Yo misma... aquí donde me ves...

EMILIA. ¿Eh? ¿Te sonríes? ¡Hola! ¿Hay moros en campaña?

MARQ. Pero un moro tan humilde y tan... No vayas á creer que esté yo decidida... Le doy esperanzas, y... como eso no cuesta dinero...

EMILIA. Pero... ¿Cómo es que estando yo aquí hace un mes, no lo conozco, ni...?

MARQ. (Le da un billete.) ¡Toma!

EMILIA. ¿Billetes tenemos?

MARQ. Por él sabrás su nombre y el por qué de no haberle visto en ese tiempo.

EMILIA. (Leyendo.) «¡Encantadora Marquesa!»

MARQ. Estilo apasionado.

EMILIA. «Anoche regresé de mi viaje á Barcelona, y me apresuro á anunciarle á usted que hoy tendré el placer de verla. Asimismo me tomaré la libertad de presentarle á mi antiguo amigo, el Barón del Olmedillo.» (Se conmueve.)

MARQ. ¿Qué es eso?

EMILIA. Nada. «El Barón del Olmedillo, que desea conocer á usted, de quien tanto me ha oído elogiar la hermosura y el talento.»

MARQ. ¿Ves? Frases rebuscadas. La firma...

EMILIA. «Eduardo Montiel.»

MARQ. ¿Lo conoces?

EMILIA. No. (Pensativa.) ¡El Barón del Olmedillo...!

MARQ. ¿Qué?

EMILIA. ¡Ay, Láura! ¡Si tú supieras...! ¡Este nombre... un horrible suceso...!

MARQ. ¿Horrible?

EMILIA. Que me pasó á mí con el Barón.

MARQ. ¡Ay! ¡Explicate, que me tienes toda asustada!

EMILIA. Pues bien, escucha, y... y perdóname si no te hablé de ello hasta ahora. Hace un año... esperábamos en el colegio una tarde la vuelta de nuestra compañera Felisa de Alvarado, hermana del Barón, que había ido á pasar quince días con su familia. A la hora en que se aguardaba... llaman á la puerta del colegio... Era el anochecer... Salimos todas contentas á recibir á Felisa; vemos llegar una joven con su aya. Traía cubierto el rostro con el velo de la capota; pero el traje, el aire, la alta estatura, eran de Felisa. Yo, su más íntima amiga, me arrojé desolada en sus brazos.

Siento estallar un beso en mi frente, alzo los ojos, y... ¡y era un hombre disfrazado!

MARQ. ¡Un hombre!

EMILIA. ¡Hija! ¡Y con unos bigotes!

MARQ. ¡Jesús!... ¿Pero quién?

EMILIA. Ese mismo Barón, hermano de Felisa, un calavera que se había atrevido á darnos ese chasco, por una apuesta con su hermana.

MARQ. Y tú, ¿qué hiciste entonces?

EMILIA. (Cortada.) Yo... no... (Con resolución.) Yo me puse hecha un león... ¡Vaya, señorita! exclamó el insolente. Si la broma ha sido algo pesada, en cambio juro á usted, y el tiempo se lo acreditará, que deja por toda mi vida en mi corazón el más dulce recuerdo. Y se fué con el mayor descaro. ¿Has visto qué picardía? ¿Llamar á eso dulce recuerdo? (Indignada.)

MARQ. ¡Yal Como que á él le sabría muy bien.

EMILIA. ¿Y no te irritas? ¿Y no clamas, como yo, al cielo contra ese hombre?

MARQ. Por supuesto. Pero... ahí tienes un rasgo que me hace pensar ventajosamente del Barón. Al menos hay en ello su mérito, su originalidad.

EMILIA. ¿Sí? Entonces... entonces te confesaré una cosa. (Con rubor.)

MARQ. ¿Cuál?

EMILIA. Que me parece lo mismo.

MARQ. ¡Calle! ¿Pues no me has contado que te pusiste hecha una fiera?

EMILIA. ¡Mucho, mucho! Pero se me pasó cuando estuve sola.

MARQ. ¿Cómo?

EMILIA. Reflexionando que el Barón, con más juicio, sería un excelente marido.

MARQ. ¿Te enamoraste de él?

EMILIA. ¡Tomal La culpa fué suya.

MARQ. Y después... ¿has vuelto á verlo?

EMILIA. ¡Nunca! Pero no lo he olvidado desde aquel día. ¡Si vieras...! ¡hasta he soñado!... (Con misterio.)

- MARQ. ¿Has soñado? (Con ansiedad.) ¿Qué?... (Reprimiéndose.)
No, no me lo digas.
- EMILIA. ¿Y qué hacer ahora? Va á reconocirme, y me va á dar
un rubor... Porque me reconocerá; no me cabe duda.
¡Cuando él me lo juró!...
- MARQ. ¡Ay! ¡Ay! ¡Tú te fías en juramentos de hombres!
- EMILIA. ¡Ya se ve!
- MARQ. Pues yo estoy segura de que no se acuerda ya de se-
mejante cosa, ni del menor rasgo de tu fisonomía.
- EMILIA. ¡Por supuesto!
- MARQ. ¿Apuestas algo?
- EMILIA. Lo que quieras.
- MARQ. ¡Qué idea me ocurre! ¿Quieres hacer, para mayor glo-
ria tuya, una prueba igual á la que él ensayó con vos-
otras en el colegio? ¿Te atreves?
- EMILIA. ¿Pero cómo? ¡Ay, qué gusto! Qué...
- MARQ. ¡Chist! Un carruaje pára á la puerta.
- EMILIA. (Asonándose á la ventana.) Son ellos.
- MARQ. Ven.
- EMILIA. Pero oye... explícame antes...
- MARQ. Ven, te digo. Ya tenemos hoy en qué distraernos.
(Vanse.)

ESCENA II

EL BARÓN y EDUARDO

- BARON. (Dentro.) ¡Pero, hombre, haz que pasen recado!
- ED. (Dentro.) ¡Calla! Déjate guiar. Entra.
- BARON. (Entrando, quitándose el sombrero.) Señora... ¡Ah! No hay
nadie. ¿Sabes que tu Filis tiene una deliciosa casa de
campo? Amigo, con que además la Marquesa sea tan
bella como me la pintas... haces un negocio redondo.
- ED. ¡Hola! ¡Al fin apruebas que me case!
- BARON. No. Nunca echaré yo ese peso sobre mi conciencia.
- ED. ¡Libertino!
- BARON. Pero entre una boda mala y otra buena... En fin, no
es lo mismo caer de un tejado y estrellarse, que tro-
pezar y romperse una pierna.

- ED. ¡Hombre! ¡Daría diez mil duros porque cayeras en la tentación de casarte!
- BARON. Pues guárdatelos, que no dejarán de hacerte falta.
- ED. Bien que... con la opinión que de ellas tienes, ¿qué mujer te ha de querer?
- BARON. ¡Hijas de mi alma! ¿Pues yo acaso las ofendo?
- ED. ¡Ah! ¡Cómo se conoce que nunca sentiste un verdadero amor, un amor apasionado, grande!...
- BARON. ¡Grande! ¡Más que tú! ¡Ahí verás!...
- ED. ¿Más que yo?
- BARON. Y te lo pruebo. Tú amas hoy á una mujer mucho, muchísimo. No quieres á ninguna otra.
- ED. ¿Y qué?
- BARON. Que yo amo á diez ó doce á la vez. Mira ahora si es ó no más grande mi cariño que el tuyo.
- ED. ¿Y á eso llamas cariño?
- BARON. ¿Y qué le llamas tú, babieca, á esos raptos enamorados que te dan todos los años, como las tercianas de otoño?
- ED. ¿Á mí?
- BARON. Á tí. Dí que no: dí que hace dos veranos no viniste frenético de amor por una linda niña, á quien habías visto en Bilbao dos noches en el teatro, y una tarde en que por poco le atropella tu caballo en el paseo, y que á los pocos días, en fin, no volviste á encontrar en ninguna parte.
- ED. ¡Calla, calla! No me atormentes con ese recuerdo, que todavía me inquieta y me...
- BARON. ¡Mucho! Ya se conoce, por lo que has tardado en enamorarte de la marquesita.
- ED. Cuando tú la veas...
- BARON. No; si en cuanto á buen gusto, ya sé yo que eres hombre... Pero renunciar á la vida de soltero... ¡A la libertad! Sales, entras, ríes, rabias, vives solo, independiente.
- ED. ¡Pues! Y llegas á viejo, y nadie tampoco te hace caso.
- BARON. ¿Eh? ¿Á viejo?
- ED. Sí, á la deliciosa edad de los alifafes. Hoy te da un

ataque de gota, mañana se te caen los dientes, al otro te llora un ojo... ¡Bonito cuadro!

BARON. ¡Demonio! ¡Qué imágenes tan sombrías! Cásate en buen hora, maldito; pero no pongas de mal humor al prójimo.

ED. En eso estoy, en casarme. Y más, con la Marquesa, tan bella, tan... Sólo hay en ella una cualidad que me... así... me...

BARON. ¿Cuál? Habla.

ED. Que es viuda. Esta pícara palabra me da así... como celos.

BARON. No es eso lo peor, sino que hay mujeres que llevan la fatalidad consigo. Yo conocí una que contaba cuatro maridos difuntos.

ED. ¡Caramba!

BARON. Sin contar el quinto, á quien le faltaba poco.

ED. Oye, ¿me quieres asustar?

BARON. ¡Cál! Á un enamorado como tú, no le asusta una batería de cañones. Avanza, pues, y Dios te dé lo que más te convenga.

ED. Gracias. Ten, entretanto, la bondad de omitir tus doctrinas delante de la Marquesa.

BARON. Bien. Haré un esfuerzo en tu favor.

ED. ¡Chito! Ella es.

ESCENA III

DICHOS y LA MARQUESA

MARQ. (Al Barón.) ¡Don Eduardo!... ¡Caballero!...

ED. Marquesa, después de saludarla con el placer que no necesito pintarle... tengo el gusto de presentar á usted á mi amigo el Barón del Olmedillo, que...

BARON. ¡Señora!...

MARQ. Me es de suma satisfacción...

BARON. (Gran bocado.)

MARQ. (Es buen mozo.) (Se sienta á una seña de la Marquesa.) Y... ¿qué tal le ha ido á usted en su viaje? (A Eduardo.)

- ED. Bien... aunque he estado muy triste, al verme tan lejos de estos sitios.
- MARQ. ¡Majadero! ¡Dar á entender delante del Barón...!) ¡Ya! Se dejaría usted por Madrid algunos amores...
- ED. ¡Ah! Marquesa, usted sabe muy bien cuáles son los...
- MARQ. ¡Yo! ¡Y dale! Yo no sé nada, señor don Eduardo...
- ED. ¡Cielos! ¿Qué cambio es este?)
- BARON. ¡Calle! La futura se hace de nuevas de que éste la quiere.) Pues no dude usted, señora, de que Eduardo estaba en Barcelona taciturno, melancólico...
- MARQ. Corriente. ¿Pero yo qué tengo que ver?
- BARON. No, si me lo ha consultado todo. (Riendo.) Estoy en el secreto.
- MARQ. ¡Ah!
- BARON. Como que soy su mejor amigo. Y por eso no dejaba un sólo momento de predicarle. Pero, nada. Por más que yo le decía... Diviértete, hombre; aprovecha el tiempo, que mañana te casarás, y Dios sabe lo que te espera.
- MARQ. (Sorprendida y picada.) ¡Cómo!
- ED. ¡Adiós, ya la soltó!
- BARON. ¿Eh? ¡Jé, jé! (Algo turbado, y conociendo la impresión que ha producido, mira á Eduardo, que le hace un gesto de ira. El Barón comprende lo que ha hecho, y se pone á reír.) Perdone usted, señora; conozco que he cometido una indiscreción.
- MARQ. ¿Por qué? ¡Pues me parece que el tal Barón es un...!)
- ED. ¡Charlatán!
- MARQ. ¿Es usted por ventura casado?
- BARON. ¡Señora, libreme Dios!...
- ED. (Tosiendo y haciendo señas.) ¡Ejém!... ¡Maldito!
- BARON. De verificarlo, digo, si la mujer que la suerte me depare no ha de ser tan bella como usted.
- MARQ. (Riendo.) ¡Jesús!
- ED. ¡Andal! ¡Para enmendarlo, la requiebra en mis barbas!
- BARON. Soy franco, señora, hasta el extremo. Y para darle á usted una prueba de ello, y hasta una disculpa por la

indiscreción que há poco he cometido, le diré... le diré... Usted me perdonará mi sinceridad.

MARQ. ¡Por supuesto!

ED. (¡Dios ponga tiento en tu lengua!)

BARON. Pues le diré... que soy soltero por convicción y á macha martillo.

ED. (Con uno te daría yo en la lengua.)

MARQ. ¡Ya! Y eso... es sincero, ¿eh?

BARON. Puede usted creerme, del mismo modo que cuando le he dicho á usted que era muy hermosa.

ED. (¡Caramba!) (Da un salto en la silla.)

BARON. ¿Qué te ha dado?

ED. Nada.

MARQ. (¡Celos! ¡Oh! ¡Qué hombre tan intolerante!) Continúe usted, Barón. Don Eduardo no participa sin duda de su opinión de usted respecto de mí...

ED. ¡Marquesa! (¡Que yo haya traído á este hablador!)

MARQ. A fe mía que he visto pocos hombres tan originales como el Barón, y que...

ED. (Aparte á la Marquesa.) Marquesa, necesito hablar á usted muy formalmente.

BARON. (Parece que estamos en misa.)

MARQ. (¡Alguna impertinencia! No, ¿pues como me apure mucho... acabamos, y para siempre.) (El Barón da con el codo á Eduardo.)

ED. ¡Déjame, hombre! (Pausa.)

BARON. Marquesa, disimule usted; me he distraído. Decíamos...

MARQ. Yo también me olvidaba (Levantándose.) de ciertas órdenes. Ustedes, supongo comerán en mi compañía. (La pobre Emilia estará impaciente.) Mandaré que preparen á ustedes un cuarto, por si quieren descansar.

BARON. ¿Quién se acuerda de eso, estando al lado de usted?

ED. (¡Otra!)

MARQ. ¡Habrás tantas cosas de que se acuerde usted en estos momentos!...

BARON. ¡Oh! No; ninguna.

MARQ. Puede ser. ¿Pero no hay en su vida de usted ningún

recuerdo de esos que siempre van grabados en la memoria por do quiera?

BARON. (Riendo.) Aseguro á usted que...

MARQ. Ahora lo veremos. (Tira del cordón de la campanilla.) Con su permiso, voy á disponer...

ED. (Aparte, al Barón.) ¡Me has dado un ratito, que ya!...

BARON. ¿Yo? ¿Por qué?

MARQ. (Ahí está Emilia. Con tal que represente bien su papel...)

ESCENA IV

DICHOS; EMILIA, vestida de Jockey.

EMILIA. (Saliendo.) ¡Señora!...

MARQ. (Curiosa va á ser la impresión...) Acércate. (Mira al Barón.) (Aún no ha reparado.)

EMILIA. (¡Dios quiera que yo no lo eche á perder!)

MARQ. Barón, mi jockey está á sus órdenes de usted, por si gusta pasear luégo á caballo por las alamedas.

BARON. ¡Mil gracias! (Con indiferencia, mirando á Emilia.) Parece un chico listo.

EMILIA. (¡Cielos! Mi fisonomía no le ha despertado el más leve recuerdo.)

MARQ. (Aparte á Emilia y riendo.) ¡Te lucistel!

ED. (Mirando á Emilia.) ¡Qué miro!

BARON. }
MARQ. } ¿Eh?

EMILIA. (¡Mi desconocido de Bilbao! ¡El del teatro!)

ED. Nada, nada. (¡Cosa más parecida!)

BARON. ¿Qué te pasa?

ED. (Llamando al Barón aparte.) ¡Chico! ¡Qué fenómenos se ven en la naturaleza!

BARON. Oye. Que te vas por los cerros de Úbeda. ¿A qué viene eso?

MARQ. (Que ha hablado aparte con Emilia.) Nada. Haz la última prueba, en tanto que yo tengo una explicación con don Eduardo. (Aparte.) (Casi me alegraría de que le saliese

mal.) ¿Me acompaña usted allá dentro? Quiero dar ciertas órdenes...

ED. Con mucho gusto. (¡No ha de querer oírmel!)

EMILIA. (¡Cómo me mira! Éste al menos...)

MARQ. ¡Hasta luégo, Barón!

BARON. Señora... (¡Diantre! ¡Cómo me gusta esta viuda!)

ED. ¡Vamos! Hasta aquellos ojuelos tan... (Yéndose dando el brazo á la Marquesa y mirando á Emilia.)

ESCENA V

EMILIA y EL BARÓN

BARON. ¡Qué andar tan airoso! ¡qué...! Nada. ¡Firme en mis trece! Y cuando, como dice Eduardo, llegue á viejo, yo buscaré una ama muy limpia y muy apañadita que me arrope y me dé caldos, y... ¿eh? ¿Aún estás ahí tú?

EMILIA. Sí, señor. (Cobremos ánimo.) La señora Marquesa me ha mandado esperar las órdenes de usía. (¡Nada, ó es muy torpe, ó...!)

BARON. ¿Por si deseo salir á caballo? ¡Luégo, á la tardel (Pausa.)
¿Sabes tú montar?

EMILIA. ¿Yo? ¿No ve usía mi traje?

BARON. ¡Ah, sí! ¡Diantre! (Poniéndose Emilia más cerca, á ver si el Barón la recuerda.) Estás muy airoso con él.

EMILIA. (Aparte y contenta.) (Ya creo que va cayendo.)

BARON. ¡Qué cintura, qué...!

EMILIA. (Más contenta.) (¡Ya cael!)

BARON. ¡Quién te hubiera visto antes con las polainas y la montera!

EMILIA. (Con despecho.) (¡Digo! ¡Por dónde sale ahora!)

BARON. ¿De qué tierra eres?

EMILIA. (De mal humor.) No me acuerdo.

BARON. Mira, ¿te quieres chancear conmigo, pillastre?

EMILIA. (Retrocediendo.) (¡Ay, Dios mío!)

BARON. ¡Vaya, no te asustes, ven acá!

EMILIA. (¡Oh, tengamos osadía, aunque no sea más que por orgullo!)

BARON. ¡Toma! Pasa mi pañuelo por ese sombrero.

- EMILIA. Al instante. (Lo hace.)
- BARON. ¡Hay tanto polvo en el camino...!
- EMILIA. ¿Está bien?
- BARON. ¿Qué diablos es esto? ¿No ves que has dado al revés al pelo?
- EMILIA. ¿Sí?
- BARON. Díme, niño, ¿son así todas tus habilidades? ¡Cáspita! ¡Y yo que te creía tan listo!
- EMILIA. (Con intención.) Pues... algunos conozco yo mucho más torpes.
- BARON. ¡Hola! ¡Te he herido el amor propio! ¡Y, á la verdad, que tienes una cara de tunante...!
- EMILIA. (¡Vamos, de todo tengo cara para este hombre, menos de lo que soy!)
- BARON. Apuesto á que no dejas en paz un momento á las doncellas de tu señora.
- EMILIA. ¿Yo? (¡Ay!) ¡Pst!
- BARON. (Con malicia.) ¿Eh?
- EMILIA. ¡Pues! (¡Yo no sé lo que me digo!)
- BARON. ¡Ah! ¡Buen hijo! ¡Tú prometes! Cuéntame... cuéntame... ¿á cuántas quieres?
- EMILIA. ¡Tomal! ¿Se puede querer más que á una?
- BARON. ¡Chico, aunque sean ciento! ¿Eso qué importa?
- EMILIA. (¡Jesús, qué doctrinas!) ¡Pero faltar así al amor, á la fe...!
- BARON. ¿A la fe? ¡Vamos, á tí te dan malos consejos, según veo! ¡A tí te pervierten, muchacho!
- EMILIA. ¿Por eso? (¡Este hombre es un libertino!) (Riendo forzadamente.) ¡Qué diantre! (Estoy rabiando.) ¿Sabe usía que no me era su nombre desconocido?
- BARON. ¿No? ¡Cómo!
- EMILIA. En una casa donde he servido antes de venir á ésta.. (A ver si así recuerda..) oí hablar mucho de usía y de cierta aventura, de cierto beso que dió usía de improviso.
- BARON. Ese es mi método: sigue. Cierta beso...
- EMILIA. ¡Pues! A una joven sencilla y muy bonita... (Ni por esas.)

- BARON. ¡Una joven...!
- EMILIA. ¿Recuerda usía ya?
- BARON. ¡Bah! ¿Cómo quieres que yo adivine ahora entre las infinitas á quienes...? ¡Pues hombre!
- EMILIA. (¡Ha besado á infinitas! ¡Oh, esto no se puede sufrir! ¡Yo amar á semejante mónstruo!)
- BARON. Muchacho, ¿qué diablos tienes?
- EMILIA. Nada, señor, que me hace gracia.
- BARON. ¡Bien, bravo! Abre los ojos; sigue, hijo mío, por la noble senda de...
- EMILIA. (¡Qué desengaño!)
- BARON. ¡Lástima es que tu señora... tan hechicera, tan graciosa... vaya á esclavizarse con un hombre, que...!
- EMILIA. (Con coraje.) Es verdad. ¡Mueran los hombres!
- BARON. ¡Chico!
- EMILIA. Menos nosotros... para quedarnos solos.
- BARON. Con todas, ¿eh?
- EMILIA. Con todas. (¡Ah, bribón!) Y, además, para...
- BARON. ¿Eh? ¡Basta, basta! (¡Demonio, como siga dándole cuerda...!) ¿Dónde está la habitación que nos han destinado?
- EMILIA. Ahí. En pasando ese cuarto... una sala amarilla.
- BARON. Bien. Voy á fumar un cigarro, en tanto vuelve tu señora. ¡Adiós, buena alhaja! Luég^o veremos si eres tan listo para manejar el caballo.

ESCENA VI

EMILIA; después, LA MARQUESA

- EMILIA. (Furiosa.) ¿Y es posible que yo haya fundado durante tanto tiempo mis amorosas esperanzas en un hombre como este? ¡Precisamente el carácter más opuesto á mis ilusiones de amor! ¡Fíese usted en impresiones! ¿Y qué me hago con este disfráz? ¿Cómo descubrirme, sin provocar sobre mí el más completo ridículo? ¿Cómo disculpar...? ¡Pues no voy á correr mal bromazo! (Irritada.) ¡Oh, qué desengaño, qué...!

MARQ. (Saliendo, irritada) ¡Qué desengaños, qué insoportable tiranía!

EMILIA. ¡Calle! ¡También tú! (Paseándose las dos.)

MARQ. ¡Déjame: estoy desesperada!

EMILIA. ¡Y yo!

MARQ. ¡Aburrida!

EMILIA. ¡Y yo!

MARQ. ¡Resuelta á renunciar...!

EMILIA. ¡Y yo!

MARQ. ¡Qué hombre, Dios mío!

EMILIA. ¡Jesús, qué hombre!

MARQ. ¡Y lo que siento yo es no poder ponerme ahora á cien leguas, y...!

EMILIA. ¡Y lo que siento yo es no poder quitarme este traje, y...!

MARQ. ¿Eh? ¿Te ha reconocido al fin?

EMILIA. No: yo soy quien le ha conocido á él. ¡Es un libertino, un hombre sin fe, sin conciencia, que toma el amor como un juego... que ha besado á infinitas!

MARQ. ¡Cómo!

EMILIA. Él mismo me lo ha dicho.

MARQ. ¡Vamos, ese hombre siquiera tiene un alma bien puesta!

EMILIA. ¡Me gusta la salida! ¿Intentas disculparle?

MARQ. No; pero prefiero... así, un carácter resuelto al de don Eduardo. ¡Qué celoso, qué exigente, qué...! Un amor como el suyo se encuentra en cada esquina.

EMILIA. ¡Calle! ¿Ahí estamos?

MARQ. Sí; buenas cosas acabo de decirle, en cambio de sus fastidiosas reconvenciones.

EMILIA. ¿Habéis reñido?

MARQ. En este instante; y por mí, para siempre.

EMILIA. Pues nos encontramos en el mismo caso, porque el otro no es ya santo de mi devoción.

MARQ. ¡Cómo! ¡Tan galán, tan franco, de tanto talento!

EMILIA. ¿Por qué no te haces tú esa cuenta con don Eduardo? ¡Tan dulce, tan sumiso, con tan buena memoria! Él sí que, al verme, ha sentido el recuerdo de...

- MARQ. ¿De qué? ¿Te ha visto antes en otra parte?
- EMILIA. En Bilbao. Dos noches en el teatro. Me miraba con unos ojos tan... y, además, una tarde en paseo.
- MARQ. ¿De veras? ¡Ya, no es extraño! (Con vanidad.) Aún no me había conocido á mí.
- EMILIA. Hace poco se fijó en mi fisonomía de un modo... ¡Ya se ve! Cuando se siente un verdadero interés hacia una persona...
- MARQ. Según eso, ¿crees que lo siente hacia tí?
- EMILIA. No diré tanto. Él te ama, y tú...
- MARQ. Yo, no; clarito.
- EMILIA. (Contenta.) ¿Es posible?
- MARQ. Como lo oyes. Y... vamos á ver. Si don Eduardo se te declarase, ¿qué harías?
- EMILIA. ¿Yo? Lo que tú hicieras si se te declarase el Barón?
- MARQ. ¿Sí? Pues acepto el cambio.
- EMILIA. ¿Qué dices?
- MARQ. ¡Hija, tanto te empeñas...!
- EMILIA. ¿Yo?
- MARQ. Que por no oírte...
- EMILIA. Pero...
- MARQ. ¡Qué! ¿rehusas?
- EMILIA. No, no; pero falta que don Eduardo me ame.
- MARQ. Se averigua. ¿Para qué sirve el buen instinto?
- EMILIA. ¡Ya! Mas... con este traje... ¿cómo renuncio yo á él, sin ser víctima de la burla del Barón?
- MARQ. ¡Digo! ¡Y él que parece tan picante, tan...! En fin, por hoy es preciso que tengas paciencia, que te limites á explorar el campo. Aquí viene nuestro hombre.
- EMILIA. Bueno. ¿Pero qué?
- MARQ. ¡Ay, qué torpezal! ¿Quieres también que te lo den cocido y salpimentado? ¡Adiós! (Vase.)
- EMILIA. Espera; oye...

ESCENA VII

EMILIA, se aparta á un lado, sin ser vista de DON EDUARDO, que entra agitado, por el fondo; después, EL BARÓN

ED. ¡Ah, mujeres, mujeres! ¡Y todo porque la he dado celos! (Al Barón, que sale por la izquierda.) ¡Gracias! ¡Mil gracias, señor Barón!

BARON. ¿Eh? Usted mande otra cosa, señor don Eduardo.

ED. Pero no... no te saldrás con la tuya.

BARON. ¿Yo?

ED. Mi amor tiene muy hondas raíces, y en vano la ingratitude y el... ¿Te ríes de mí, mal amigo?

BARON. Capítulo segundo. De cómo el joven Eduardo se acabó de volver loco, de resultas de la enfermedad de matrimonio que padecía en el capítulo anterior.

ED. ¡Dame los brazos!

BARON. ¡Aparta! ¡Que te equivocas, chico! ¡Que soy yo!

ED. Hemos reñido, amigo mío.

BARON. ¿Qué me cuentas?

ED. Porque le daba celos.

BARON. ¡Tú! ¿Y de quién, majadero?

ED. De ti.

BARON. ¡Demonio! ¿De mí? ¿Estás en tu juicio?

ED. ¡Ame usted... para que después paguen...! Y ella... nada... elogiándote... poniéndote en las nubes... ¿No me compadeces? ¡Responde!

BARON. ¡Oye! ¿Sabes que me gusta mucho tu novia?

ED. ¿Y es este el consuelo que me das? ¡Condenado! ¡Te gusta!... ¡A tí te gustan todas!

BARON. ¡Hombre! Esta tiene un no se qué...

ED. (¡Cielos! ¡Si se le habrá antojado birlármela!) ¡Fernando!... ¡Tú eres un filósofo profundo!... ¡Tú tenías razón!... ¡Ahora lo conozco! ¡No te cases nunca!... ¡Nunca!... (A ver si lo aterro.)

BARON. ¿Pero á qué viene...?

ED. ¡Ah, no te cases!

- BARON. ¡Dale, bola! Si ahora hablamos de tí. ¡Vaya! ¿Arreglo esas amistades?
- ED. No, no: hazme el favor de no mezclarte...
- BARON. ¡Oh, perdona! Mi deber de amigo...
- ED. ¡Te digo que no! Yo no necesito mediadores.
- BARON. Voy á hablarla de tí, y...
- ED. ¡Detente!
- BARON. ¡Vuelvo!
- ED. ¡Oye!
- BARON. ¡Eh! ¡Déjame en paz! (Vase.)
- ED. ¡Cielos! ¡Ella que lo elogia tanto! ¡Él que es un atolongrado!... ¡Yo no los dejo! (Va á irse.)
- EMILIA. (Adelantándose.) ¿Había usted llamado, señorito?
- ED. ¿Eh? (¡Dios mío, qué semejanza tan prodigiosa!)
- EMILIA. (¡Es particular! Delante del Barón me sentía serena, y al ver á éste...)
- ED. ¡Cielos! (Se miran. Emilia acaba por bajar los ojos.) Y baja los ojos como hacia la otra cuando... Díme, chico: ¿antes de ser lacayo has sido...? (¡Qué estupidez! ¡Ni sé lo que me hablo!)
- EMILIA. ¿Me preguntaba usted...?
- ED. Nada. (La mira.)
- EMILIA. Perdone usted, señorito; mas como me mira usted tanto... ¿Recuerda usted, acaso, haberme visto antes de ahora?
- ED. ¿Antes?
- EMILIA. Porque... yo también creo haberle visto á usted.
- ED. (Yendo hacia él con ansiedad ó ímpetu.) ¿Dónde?
- EMILIA. (Asustada.) ¡Ay!
- ED. ¡Cielos! ¡Ese ay!
- EMILIA. (Ahuecando la voz como un chico.) ¡Ay!
- ED. (¡Maldito! Casi me hizo creer... Si exclamó lo mismo que mi desconocida, la tarde que en paseo la asustó mi caballo.) ¿Conque decías que me has visto antes de ahora?
- EMILIA. Sí, señor. En Bilbao.
- ED. ¿En Bil...? ¡Oh!
- EMILIA. ¿Qué tiene usted?

- ED. ¿Conque tú estabas...?
- EMILIA. Sí, señor... Iba usted á caballo...
- ED. ¡Dios mio!
- EMILIA. ¡Trota que trota! ¡Trota que trota! ¡Buen susto llevél!
- ED. ¡Usted...! ¡Digo, tú...! ¡Digo...!
- EMILIA. Corría... ¡Uf!
- ED. Sí, sí; ella. ¿No es cierto?
- EMILIA. ¿Ella? ¡Ah! ¿Era una jaca...?
- ED. ¿Qué demonios dices?
- EMILIA. Yo le ví á usted de lejos, y no reparé bien...
- ED. (¿Será este algún chasco que me quieran jugar? Probemos.) Díme. (La mira fijamente.) ¿Tú no sabes por qué hice correr tanto á mi caballo?
- EMILIA. ¿Yo? No, señor.
- ED. Pues era por seguir á una linda joven... (La mira.) á quien amo... á quien... (Se va acercando, y ella retrocede.) adoro... á quien idolatro... á quien...
- EMILIA. ¡Já, já, já, já, já!
- ED. (¡Cáspita! ¡Que estoy haciendo el oso!)
- EMILIA. ¡Qué entusiasmo! ¿Usted se ocupa de eso, estando para casarse?
- ED. ¿Eh? ¿Y á tí qué te importa?
- EMILIA. ¡Tomal ¿Y usted por qué me lo cuenta? (Se vuelven la espalda.)
- ED. (¡Es verdad! ¡Soy un necio! ¡No, caramba! ¡No cáigo de mi asno todavía! ¡Y qué pié!) ¿A ver? ¡Responde pronto! ¿Por qué tienes un pié tan chico?
- EMILIA. ¿Yo? Pregúnteselo usted á mi madre.
- ED. (¡Bahl ¡Qué ha de ser ella! ¡Esa respuesta... ¡Oh! ¡Qué ideal!)
- EMILIA. Pues, sí, señor. Yo le ví, cuando su caballo de usted...
- ED. (De pronto.) ¡Señorita!...
- EMILIA. (Dando un grito.) ¡Ah!
- ED. ¡Cielos! ¿Usted es...?
- EMILIA. (Da otro grito más fuerte y se escapa.) ¡Ah!
- ED. ¡Esos gritos! ¡Ese sobresalto! ¡No me he engañado! ¿Pero cómo es que la hallo aquí?... ¿Qué significa ese traje?... ¡Oh, yo me vuelvo loco! ¡Brillad de nuevo,

ilusiones mías! ¡Sí! ¡Todo lo olvido por su amor, todo!
¡A ella sola adoraba mi alma! ¡Yo necesito aclarar
este misterio! ¡Yo necesito...!

ESCENA VIII

DICHO y EL BARÓN

- BARON. ¡Chico!... No hay forma de hacer las paces. La Marquesa se niega á todo.
- ED. ¡Barón, Barón! ¡Ay! ¡No puedo hablar de la...!
- BARON. ¿De la pena que esta noticia te causa? ¡Bah! A pesar de todo, la Marquesa te volverá su amor. ¡Qué se diría si por una riña insignificante...!
- ED. (Pues es verdad. Comprometido con la Marquesa... no voy á poder... ¿Cómo rompo abiertamente con ella sin un motivo grave?...) ¡Barón, oye! Yo soy imparcial... hasta en contra mía... Créelo.
- BARON. Bien... ¿y qué?
- ED. Yo no puedo ser egoísta con nadie, y mucho menos contigo á quien tanto quiero. ¡Barón, la Marquesa te ha flechado! ¡Tú la has flechado á ella!... ¡Casáos y sed felices!
- BARON. ¡Eduardo!... ¡Tú te has vuelto loco! Vete á Toledo, y que te encierren. ¡Adiós!
- ED. Escucha.
- BARON. ¡Pero maldito de cocer! ¿A qué viene semejante salida? ¿Son esos tus celos? ¿Son esos los consejos que das á un amigo?
- ED. ¡Nada, nada! ¡Si yo quiero hacerte dichoso! ¡Si yo conozco que no puedo serlo con la Marquesa! ¡Cásate tú con ella!... ¿Sí? ¡Es una bonita proporción! ¡Bella, rica! ¡No, y que ya tú debes pensar seriamente en el porvenir! Porque, chico, tú no lo conoces; pero vas siendo viejo.
- BARON. Eduardito... descorre la cortina, y déjate de circunloquios.
- ED. ¿La cortina?

- BARON. Sí, la cortina que oculta tus intenciones. A tí te pasa algo, que te ha hecho cambiar de ideas.
- ED. ¡Hombre!
- BARON. Á tí te pasa algo, y me lo vas á decir, ó yo lo averiguo.
- ED. Pues bien... el rostro de mi adorada, de hace dos veranos... la imagen que me ha perseguido por doquiera... que ha sido tanto tiempo mi sueño, mi pesadilla...
- BARON. ¿Qué?
- ED. Ha aparecido de repente á mis ojos.
- BARON. ¿En alguna estampa?
- ED. No, ¡vivita, vivita!
- BARON. ¡Diantre! ¿Y dónde?
- ED. Aquí mismo, vestida...
- BARON. De blanco cendal, como una virgen de...
- ED. No, vestida de lacayo.
- BARON. ¡Ave María Purísima!
- ED. Cemo lo oyes.
- BARON. ¿Y no te ha explicado el misterio?
- ED. ¡Cál! Si ella no ha confesado que es... ella.
- BARON. ¿No? ¿Pues en qué la has conocido?
- ED. ¿En qué? No sé. Pero no me cabe duda. Yo iba á arrojarme á sus piés... Da un grito... No... dos gritos, y desapareció como un relámpago.
- BARON. ¡Hombre... mira no te hayas equivocado! Anda con tiento, que el caso es obscuro, y... ¡Cáspita! si fuese un hombre...
- ED. ¡Eh! ¡Caramba! Pero no. Su lindo pié, sus maneras infantiles...
- BARON. ¿Infantiles? ¿Hablas del jockey que estaba aquí hace poco?
- ED. Del mismo.
- BARON. ¡Chico! ¡Pues si tiene más conchas que un galápago!
- ED. ¡Cómo!
- BARON. Si es un pillastre, que enamora á todas las doncellas de la casa, y que...
- ED. ¡Cielos!
- BARON. Pero aguarda, todo pudiera ser; y si lo que yo he visto

- era fingimiento suyo... Eso fácilmente se averigua.
- ED. ¿De qué modo?
- BARON. ¡Toma! Con... Déjame lo á mí.
- ED. Y si es ella, tú te casarás con la Marquesa, y...
- BARON. ¡Yo! ¡Casarme!...
- ED. Sácame de este compromiso.
- BARON. Anda, y que el diablo te lleve.
- ED. ¡La Marquesa! Yo me voy. No quiero encontrarme con sus miradas y sus... Cásate, Barón, cástate.
- BARON. ¡Chist! ¡Que viene!
- ED. ¡Uf! (Se va corriendo.)

ESCENA IX

EL BARÓN y LA MARQUESA

- MARQ. ¿Usted por aquí?
- BARON. Sí, señora. Buscando á ese pobre Eduardo, que estará tan triste y tan...
- MARQ. Supongo que ya le habrá usted participado mi firme propósito de...
- BARON. No; aún no le he visto, y...
- MARQ. (Es muy airoso este Barón.)
- BARON. ¡Qué voz tan simpática! Pero ese Eduardo... ¡Proponerme que yo me case!... ¡Qué desatino!
- MARQ. Decía usted...
- BARON. Reflexionaba... lo sensible de que dos personas que, como ustedes, se profesan un tierno afecto...
- MARQ. Qué quiere usted... cuando los genios son opuestos... porque con eso no hay felicidad. ¿No es así?
- BARON. (Pensativo.) Sí. Así debe ser.
- MARQ. Cabal. Don Eduardo tiene un carácter suspicáz, reservado... Yo... franco, confiado... por el estilo del de usted.
- BARON. ¡Oh, usted es un ángel, Marquesa!
- MARQ. Ángel... terrenal.
- BARON. ¡Celeste! (Barón, que te remontas.)
- MARQ. Tanta galantería... No, no... Pero yo le creo á usted...

eso sí. No piense usted que le tengo por esos adula-
dores de salón...

BARON. Mucho lo sentiría.

MARQ. Y yo... por usted, se entiende. ¡He formado de usted
tan buen concepto!...

BARON. ¡Oh!

MARQ. Verdad, verdad pura. (Vamos, me parece que ya le he
puesto en camino.)

BARON. (¡Qué gracia tiene en esos ojos!... ¡Uff!... ¡Qué mano
tan torneadita! Es un regalo de rey.)

MARQ. (Sentándose con coquetería.) ¿No es cierto que se está
muy bien en esta sala? ¡Tiene esa ventana tan buenas
vistas!

BARON. Sí, efectivamente.

MARQ. ¡Ah! (Deja caer el abanico.)

BARON. Permítame usted... (Lo coge, y se lo entrega.)

MARQ. Mil gracias... (Fingiendo que se ha enganchado la manga.)
¡Ay!

BARON. ¿Qué?

MARQ. Nada. (Riendo.) Creí que se había enganchado el en-
caje de mi manga en un botón de la de usted, y que
se iba usted á llevar mi mano.

BARON. ¡Ah! ¡No se lleva uno tan fácilmente los tesoros!

MARQ. ¡Jesús! No lo dije por tanto. ¡Pobrecita mano! ¡Vale
tan poco!...

BARON. ¡Señoral... (Me pone á dos dedos del precipicio.)

MARQ. ¿Qué?

BARON. ¿Eh?

MARQ. No, nada. Creí que me decía usted alguna lisonja.
(¡Y se está de pié!)

BARON. (Yo no sé lo que siento. Pero quisiera irme.)

MARQ. (Lo dicho. Inmóvil, y... ¡Jesús qué imprudencia!)

BARON. Pues, en efecto, que... (Vaetla: laégo coge de pronto una
silla, y se sienta al lado de la Marquesa.)

MARQ. Sí, sí. Cabal. (Muy decidora, y animándose.) Porque yo
diré á usted... á veces la... Siéntese usted bien. Como
su carácter de usted y el mío son tan iguales... ¡vaya!
Decíamos... ¿No iba usted á hablar?

- BARON. ¿Yo? (La Marquesa deja caer de nuevo el abanico.)
- MARQ. ¡Ah! No, no lo coja usted. ¡Estoy tan torpe! (Se encuentran las manos del Barón y las de la Marquesa.)
- BARON. (Estrechándose.) ¡Oh!
- MARQ. ¡Barón!
- BARON. ¡Marquesa!...¿Uno?
- MARQ. ¿Qué dice usted?
- BARON. Uno y no más.
- MARQ. (Ofendida.) ¡Caballero!
- BARON. Perdone usted, si...
- MARQ. ¡Semejante osadía!... (El Barón retrocede.) Usted, señor Barón, comprende muy bien que esto es una ofensa hecha á mi persona. (El Barón retrocede más.) ¡A ver si se disculpa con su amor!) Y que en tal caso me toca ser con usted, (El Barón retrocede más.) severa... ¡Cielos! ¡Y se marcha!) Severa, y... ¡Pues no hay más!) Pero no lo seré, no. (El Barón vuelve.) Oiga usted. La conducta de usted me indigna. (El Barón vuelve á irse.) ¡Pero la perdono, la perdono! ¡Sí, señor! Y hasta oiré sus disculpas. Porque usted se disculpará. Aunque usted hará lo que tantos otros. ¡Pues! Ya le estoy oyendo decir que el amor, que la pasión que le he inspirado... ¿No es así? ¿Eh? Pero eso no basta, no; era... eso... ¡Ay! ¡Me fatigo! Y por más que le doy cuerda...)
- BARON. ¡Marquesa!
- MARQ. ¿Eh? Vamos. Prosiga usted.
- BARON. ¿Me permite usted que me vaya á Madrid ahora mismo?
- MARQ. ¡Cómo! (¿Qué es esto, señor?)
- BARON. Sí. Deje usted que me vaya, porque si continúo aquí dos minutos más, doy al traste con mis convicciones, y me... (Saca un pañuelo.) ¡Uf! ¡Firme, Barón! ¡Jél! ¡Jéel... Ya volví á mi ser natural. No necesito ya marcharme.)
- MARQ. Pero...
- BARON. Se lo explicaré á usted en dos palabras. Marquesa... Usted es una mujer deliciosa.
- MARQ. ¡Ah!
- BARON. De esas que no puede uno conocer sin amarlas.
- MARQ. Gracias.

BARON. Pero yo soy muy recalcitrante en punto al celibato... y no me casaría con la Venus de Médicis...

MARQ. ¡Qué escuchol!

BARON. A menos de no estar en Turquía...

MARQ. ¡Cómo!

BARON. Sí. En esta materia, soy moro.

MARQ. ¿Moro?

BARON. ¡Justo! Siete ú ocho mujeres...

MARQ. ¡Jesús! ¡Jesús!

BARON. Perdone usted. Estoy desbarrando. Pero ya que he conseguido dominarme en esta ocasión... En fin, señora, si continúo aquí, sucumbo... ¡Conque, estoy á los piés de usted! (Vase.)

MARQ. ¡Bufl! (Después de una pausa.) ¡Creo que me da calentura! ¿Pero qué hombre es éste, santos cielos? ¡Estar ya rendido, enamorado, y de pronto...! ¡Ah! ¡yo me tengo la culpa; yo, que me forjé la loca ilusión...! ¡Es un títere, un badulaque... un...! El despecho me ahoga!... Pero no: por fortuna aún puedo enmendar mi imprudencia. ¡Qué lección! ¡Dios mío! ¡Qué lección!

ESCENA X

DICHA y EMILIA

EMILIA. ¿Eres tú? ¡Ah! ¡Qué feliz soy! Si tú supieras... Don Eduardo me ama. Sí, no me cabe duda. ¡Cuál va á ser su alegría, cuando yo me descubra!...

MARQ. ¿Descubrirte? ¡Estaría bueno que tratares tú de disputarme á Eduardo! ¡A mi novio! ¡A mi esposo futuro!

EMILIA. ¿Qué dice?

MARQ. ¿Cómo, qué digo?

EMILIA. ¿Pues no quedamos en cambiar...?

MARQ. ¡Justo! Y por eso mismo vuelvo á elegir á Eduardo, y á dejarte al Barón.

EMILIA. Pero advierte...

MARQ. Yo no tengo que advertir nada, ¿estás? Así, componte como puedas, y... ¡cuenta con desobedecerme! ¡No

faltaba otra cosa! ¡Robarme mi amor! ¡Un amor tan firme, tan verdadero, tan...!

EMILIA. Escúchame, y yo te...

MARQ. ¿Dónde se ha visto eso? ¡Nada! ¡A ver, la...! ¡No me calientes la cabeza! (Vase.)

ESCENA XI

EMILIA y EL BARÓN

EMILIA. ¿Pero qué significa semejante mudanza? ¡Vamos, esto es una traición! ¡Una picardía! ¡Un...! ¡Amar yo al Barón!... ¡A un... libertino!... ¡Nunca! Pero si no lo hago, no por eso me casaré con Eduardo, y... y yo me quiero casar. ¡Sí, cuando una está consentida, es mucha droga quedarse sin marido! ¡Por otra parte, el Barón es buen mozo! ¡Oh, sí! La imparcialidad antes que todo. ¡No le amaré como á Eduardo! ¡Estoy segura! Mas ¡ay! ¡Él es!

BARON. (Saliendo.) ¡Chico!

EMILIA. Manda usía, señor Barón.

BARON. ¿Has visto salir de aquí á tu señora?

EMILIA. Hace un instante.

BARON. Iría muy sofocada, ¿eh?

EMILIA. No he reparado.

BARON. ¡Voto á...! ¿Pues no me palpita aún el corazón?

EMILIA. (Si yo pudiera averiguar...) ¿Y presume usía por qué mi señora se ha incomodado?

BARON. Yo, no. Es decir...

EMILIA. Acá, para inter nós...

BARON. (¡Hola! Chisme de lacayos.) Habla.

EMILIA. Creo que ha reñido con el amigo de usía.

BARON. ¿Con Eduardo? ¡Tomal! ¡Como que ha roto con él!

EMILIA. ¡Dios mío, qué gusto!

BARON. ¿Eh?

EMILIA. (Cortada.) ¡Ay!

BARON. (¡Ese grito de alegríal! ¡Y ahora que recuerdol! Lo que Eduardo me contó de su desconocida... Veamos.)

- EMILIA. ¡No, pues si han reñido, yo no me doy á conocer con el Barón!
- BARON. Mirame bien.
- EMILIA. Ya miro, señor.
- BARON. ¿Cómo te llamas?
- EMILIA. Vicente.
- BARON. ¿De dónde eres?
- EMILIA. De Pravia.
- BARON. Pues no se turba. (La mira de arriba abajo.) Ven acá. Con franqueza. ¿Eres hombre?
- EMILIA. No, señor.
- BARON. ¡Hola! Al fin te...
- EMILIA. (Riendo.) Soy muchacho.
- BARON. ¡Habrás zamacuco! No sé cómo no le... Aguarda; ahora veremos si resiste.) ¡Qué carita tan mona tienes, bribón!
- EMILIA. ¡Ay! ¡Jé, jé! ¡Ay! ¡Jé, jé! ¡Cómo me gusta que me hagan cariños!
- BARON. ¡Anda al demonio! (Está visto. ¡Es tan mujer como mi abuelo! ¡Pobre Eduardo!)
- EMILIA. (Dura ha sido la prueba, pero... he sabido resistir.)
- BARON. ¡Já, já! ¡Pobre Eduardo! (La mira, y se ríe á carcajadas.) ¡Toma! (Saca la petaca, coge un puro, y le alarga otro á Emilia.) Fúmate ese cigarro á mi salud.
- EMILIA. Muchas gracias.
- BARON. Enciéndelo. (Saca fósforos y enciende el suyo.) (Me había olvidado de esta tentativa.) ¡Vaya!
- EMILIA. ¡Cómo! ¿En presencia de usía?
- BARON. Yo te lo permito.
- EMILIA. (Lo enciende, y dice aparte.) Entonces...
- BARON. (Ahora sí que no me queda duda.)
- EMILIA. ¡Uf! ¡Que amargo está!

ESCENA XII

DICHOS y EDUARDO

- ED. ¡Y bien! ¿Has averiguado? ¿Qué ocurre?
- BARON. ¡Já, já, já, já!
- ED. ¿Eh? ¿De qué te ríes?

- BARON. Ven, mira. (Señala á Emilia, que tiene el cigarro en la boca.)
ED. ¡Cielos!
EMILIA. (Quitándose el cigarro.) ¡Bif!
BARON. ¡Já, já, já! ¡Pobre hombre, tomar al lacayo por...! ¡Já, já, já! (Vase.)
ED. (Da una patada en el suelo.) ¡Yo enamorado de un millón!
EMILIA. ¡Señorito! (Eduardo se aleja con aire medroso y sin dejar de mirarla.) ¿Qué tiene usted? ¿Por qué se aleja así?
ED. (Se adelanta.) ¡Su voz penetra en mi alma! (Retrocede.) ¡Ay!
EMILIA. ¡Deseando tanto verle...
ED. ¡Vete!
EMILIA. ¡Cómo!
ED. ¡Lárgate pronto!
EMILIA. ¡Qué tono! Y sin embargo, ya casi debe estar seguro de que soy yo....) ¡Don Eduardo!...
ED. ¡Buf! ¡Enhora mala! (Vase.)
EMILIA. (Sola.) ¡Todo lo comprendo! ¡Quiere hacer las paces con la Marquesa, y ahora finje no reconocermé para deshacerse de mí! ¡Qué iniquidad! Esto sí que no lo hubiera hecho el Barón, tan franco, tan... Sí; estoy decidida; diré á Julia que renuncio á Eduardo... que no lo puedo ver. (Vase.)

ESCENA XIII

EL BARÓN y EDUARDO

- BARON. Pero, hombre, no te alborotes así. Ven acá; escucha.
ED. ¿Cómo que no me alborote, cuando me dices que la Marquesa ha estado tan amable contigo, que por poco no le declaraste tu amor y le ofreciste tu mano?
BARON. ¡Yal! Pero no lo hice, á Dios gracias. Supe salvarme del abismo. Y... y ahora voy á poner entre ella y yo... la inmensidad de las distancias. Me largo á Madrid.
ED. ¿De veras? ¡Ah! Dame esa mano. ¡Tal sacrificio!
BARON. ¡Yo, que tanto anatematicé el matrimonio! ¡Qué cierto es que nadie puede decir... de esta agua no beberé!

- ED. Eso: no bebas tú de esa agua, y... toma el sombrero. Anda, tómallo. ¡Buen viaje, y... ea, adiós, adiós!
- BARON. Hombre. ¿no me he de despedir siquiera de tu futura?
- ED. ¿Despedirte? Barón .. tú me vas á jugar alguna mala pasada. Confíesalo, sé franco.
- BARON. Pues bien, lo seré. Esa mujer...
- ED. ¿Te ha trastornado el juicio?
- BARON. ¡Qué diantre! Sí.
- ED. Justo: y tú á ella.
- BARON. ¿Yo? Porque no digas que soy un fátuo...
- ED. ¡No lo confiesas! ¡Esto es para pegarse un tiro!
- BARON. ¡Condenado! ¿Pues antes no la dejabas por el jockey?
- ED. ¡Calla, no me afrentes con mi torpeza! La hubiera dejado por mi ángel desconocido; pero no existiendo éste, como no existe... ¡Ay, Barón de mi alma, no me desbanques! ¡Mira que te lo pido...!
- BARON. Bien, bien; pero... ya ves, me encuentro en un compromiso. Yo necesito, para abandonar el campo... un recurso así... extraordinario. Inventa algo, hombre, porque dejar mi conquista sin decir oste ni moste... Eso es vergonzoso para un hombre como yo...
- ED. Sí, sí; inventemos un motivo que te disculpe. (Pausa.)
- BARON. ¡Magnífica ideal
- ED. ¿Cuál?
- BARON. Óyela. Yo voy á despedirme de la Marquesa.
- ED. Bien.
- BARON. De seguro me volverán las tentaciones.
- ED. ¡Carambal Pues que no te vuelvan.
- BARON. Escucha: tú te ocultas en un cuarto inmediato; ves, por ejemplo, que el amor me vence, que la Marquesa me pone en el resbaladero... En ese caso, sales, me desafías.
- ED. ¡Hombre!
- BARON. Sí; es una farsa.
- ED. ¡Ya!
- BARON. Esto provoca una escena de sorpresa, de enojo y de... Yo me doy por ofendido; me marcho. No vuelvo á ver más á tu novia... y de este modo se consigue tu obje-

to, sin tener que andar con preámbulos ni explicaciones. Pues: *tableau* general; cae el telón, y se acabó la comedia.

ED. Estamos conformes. Y en cuanto al lacayito... ya le daré yo después qué contar, y no dinero.

MARQ. (Dentro.) Bien, bien; que la comida esté pronta.

BARON. ¡Ah!

ED. ¡Uf! (Echan á correr, y se van por la izquierda.)

ESCENA XIV

LA MARQUESA; después, EL BARÓN y EDUARDO

MARQ. ¿Por dónde andará Eduardo? Sin duda el pobrecillo llora mis desvíos en algún sitio apartado del jardín, ó... ¡Qué malas somos á veces! ¡Haberme ido á prender del Barón, de un hombre que profesa la religión del moro, como tuvo la avilantéz de decirme! ¡ Y en tanto, el otro, tan humilde, tan cariñoso, tan bueno! ¡Ah!

BARON. ¡Marquesa! (entrando. La Marquesa le saluda.) (¡Estoy decidido; renuncio á ella, y me escapo de casarme! ¡Buena necedad fuera!) (Se vuelven á saludar.) (¡Pues si cree que voy á volver á decirle flores...!)

MARQ. ¿No ha visto usted á Eduardo? Desearía...

BARON. (¡Hola, pregunta por Eduardo!) Como están ustedes reñidos, no...

MARQ. ¿Quién le ha dicho á usted eso, caballero?

BARON. Perdone usted; mas... ¿Eh?

MARQ. (¡No sé cómo tiene cara para ponérseme delante!)

BARON. (Sin duda medita el modo de atraerme á su amor. No, pues trabajo le mando.)

MARQ. Con su permiso... (Se sienta, y se pone á leer.)

BARON. (¡Calle! ¡Qué desaire! ¡Yo creí ..! Pues, señor, despidámonos, y á Madrid en seguida. El otro me está observando desde esa puerta. Acabemos.) (Se adelanta.) ¡Señora...!

MARQ. (Volviéndose apenas.) ¿Eh?

BARON. Vengo á despedirme de usted. Un negocio urgente...

cierta carta que de Madrid he recibido, me obliga á...

MARQ. (Con frialdad.) ¿Sí? Buen viaje, Barón.

BARON. (La mira sorprendido.) ¡Qué indiferencial! Crea usted que siento...

MARQ. Gracias: no hay por qué.

BARON. (Pero esta mujer, antes tan amable, tan dulce... ahora me desdeña... ¡Oh, no sé por qué ya no me quiere ir!)

MARQ. ¡Calle! (Volviéndose.) Yo creí que ya se había usted marchado.

BARON. (Esto equivale á ponerme en la calle.) ¡Señora... todavía...!

ED. (Asomándose.) Vete.

BARON. (Volviéndose.) ¿Eh?

MARQ. (Idem al Barón.) ¿Qué?

BARON. Nada; que me despido de usted.

MARQ. Beso á usted la mano.

BARON. Estoy á los piés... (Yéndose.) (Ahora que está seria, me hace más gracia esta mujer. ¡Eh, firmeza! ¡Qué demonio, si es tan bonita!) (Volviendo.) ¡Marquesa!

MARQ. ¡Barón!

BARON. Perdone usted: creí que se le había caído á usted el abanico, y volví, á...

MARQ. Gracias... mil gracias... Pero yo nos los dejo caer... más que una vez, señor Barón.

BARON. ¿Una?

MARQ. Sí; porque después procuro tenerlos bien agarraditos... Conque, feliz viaje. (En otro tono.) Hasta otro día. Ya sabe usted que esta casa es muy suya.

BARON. Reconózcame usted por su servidor, señora. En Madrid, calle de Hortaleza, número...

MARQ. Agur... gracias. (Le vuelve la espalda.)

BARON. ¡Voto á...! Cada minuto que pasa, le cobro más cariño.)

ED. (Asomándose y á media voz.) Vete.

BARON. ¡Y este zamacuco...!

ED. Que te vayas.

BARON. (Alto.) ¡Chito!

MARQ. ¡Ah!

- BARON. ¡Oh! (El Barón baja á escena precipitadamente, como si viese de fuera.)
- MARQ. ¿Qué es eso?
- BARON. Nada: que he dicho chito á sus criados de usted, que están ahí fuera asustados, y que querían entrar... á contarle... (Ni sé lo que me hablo.)
- MARQ. ¡Cómo! ¿Pues qué sucede?
- BARON. Que... Que han visto cruzar un lobo por delante de la casa, y...
- MARQ. ¡Un lobo! ¡Ay, Dios mío! ¡Nos va á devorar! ¡Pero usted...!
- BARON. Yo me quedo, señora, me quedo. Ya ve usted que no puedo salir... que estando ahí esa fiera...
- MARQ. ¡Oh! ¡Corra usted Barón; vaya usted á...!
- BARON. ¡Que vaya! Señora, ¿quiere usted que el lobo me engulla?
- ED. (Desde la puerta y aparte.) ¡Ah! ¡Pícaro, trapalón!
- MARQ. Pero Eduardo, que estará en el jardín... Vuele usted á avisarle.
- BARON. No. Si no corre peligro. Acabo de verle.
- MARQ. ¿De veras?
- BARON. Por señas, que iba persiguiendo al lobo con un chuzo.
- MARQ. ¡Cielos!
- BARON. (¡Uf! ¡Sudo de tanto mentir!...) Tranquilícese usted. Yo no me voy ya.
- ED. (¡No se va ya!)
- MARQ. ¿No?
- BARON. No. Hasta que sepamos que el lobo se ha alejado.
- ED. (Dentro, y como si gritara por el campo.) ¡Ya se fué el lobo!
- MARQ. ¿Oye usted?
- ED. (Lo mismo.) ¡Por allí va! ¡Ahora trepa el cerrillo! ¡Ya no se le ve!
- BARON. ¡Ah, pillol!
- MARQ. ¿Quién?
- BARON. ¡El lobo! ¡Mire usted qué pronto se...! ¡Lo que es el instinto...! (¡Por vida de la...!)
- MARQ. ¡Ay, me alegro!
- BARON. Yo no.

- MARQ. ¡Cómo!
- BARON. ¡Hubiera tenido el gusto de verle entrar por esa puerta!
- MARQ. ¡Barón!
- BARON. Sí, sí, señora. Para haber expuesto mi existencia por salvar la de usted. Quizá entonces... Si yo hubiese perecido en la lucha... no me hubiera usted dado la fría despedida con que hace poco...
- MARQ. (¡Y se conmueve!) Barón, crea usted... (Tiene una alma más generosa de lo que yo creía.)
- BARON. (Saludando.) ¡Señora!...
- MARQ. Pero, qué... ¿nos abandona usted tan pronto?
- BARON. ¡Eh! ¡Eh! Negocios importantes...
- MARQ. Quédese usted siquiera á comer con nosotros. (Eduardo le hace señas desde la puerta para que se vaya.)
- BARON. Marquesa... Bien lo haría; pero aunque el corazón me dice que sí... otras razones me dicen que no... y... y... En fin, me quedaré, pues usted me lo ruega.
- ED. ¡Ah, traidor!
- BARON. ¡Es usted tan amable! ¡Tiene usted tal ascendiente sobre mí...!
- MARQ. ¿De veras?
- BARON. Palabra de honor.
- ED. (¡Ya sucumbel! No tengo más remedio que apelar á la farsa que él me propuso.)
- BARON. Y si yo le dijese á usted que... (Salga el sol por Antequera.) Si yo le dijese á usted muy bajito... ¡que la adoro!
- MARQ. ¡Calle! ¡Usted me...!
- BARON. Sí; pero bajito, bajito.
- MARQ. Pues bajito... le contestaría (Bajo.) yo... que no quiero nada con moros.
- BARON. ¿Eh? ¡Con...! ¡Ah! ¡Ya cáigo! Me convierto, señora. Que me bauticen.
- MARQ. ¿Sí?
- BARON. Al instante.
- MARQ. Pues amigo, busque usted cura, porque yo no he cantado misa.

BARON. ¡Cómo! ¡Se burla usted de mi amor! ¡Ah! ¡Por piedad!
¿Me quiere usted más rendido, más en derrota...
más...?

ED. (Saliendo.) ¡Señor Barón!...

MARQ. ¡Ah!

BARON. (¡Oh! Pues no le cedo el campo.)

ED. ¡Señor Barón!...

MARQ. ¡Don Eduardo!...

ED. (Aparte al Barón.) Que te voy á desafiar.

BARON. (Con altanería, retirándose.) ¡A mí! ¡Cómo!

ED. (Aparte al Barón.) ¡Chist! Según quedamos.

BARON. ¡Caballero, yo no entiendo esa farsa!

ED. ¡Mal amigo! (Aparte al Barón.) ¿Pues no me dijiste...?
Ya usted me comprende, Barón. (Ahora, vete.)

BARON. (Aparte á Eduardo.) Eduardo, menos altanería.

ED. (Aparte al Barón.) ¡Hombre, si es de broma!

BARON. (Aparte á Eduardo.) Es que yo hablo de veras.

ED. (¡Cielos!)

MARQ. Pero, señores, explíquennme ustedes...

ED. (¡Ah, pícaro!)

BARON. Un instante, Marquesa. Todo lo sabrá usted luégo.
En el entretanto, no olvide usted que la amo... y que
si usted me desdeña...

MARQ. ¡Caballero!...

ED. ¡Cómo qué...!

BARON. ¡Sígueme!

ED. ¡Pero...!

BARON. Anda. Hasta mu y pronto. Anda, ¡voto á bríos! (Se lleva
á Eduardo.)

ESCENA XV

LA MARQUESA; después, EMILIA

MARQ. ¡Me ama! ¡Es mío! Al fin cayó á mis piés. Sí... que
pene, que pene su... Cuando yo decía que mi corazón
se inclinaba á este hombre... Vamos, no hay más. El
Barón es mi media naranja. Pero... ¿qué traía Eduar-
do? ¡Bah! ¿Quién hace caso de eso? Tan indispliciente,

tan ágrío, tan... (Á Emilia, que sale por el foro.) Me alegro de verte. ¿Qué tenemos?

EMILIA. Sólo puedo decirte que estoy muy contenta con haber vuelto á fijarme en el Barón, como me mandaste. El tal Eduardo...

MARQ. Pues hija, ya puedes descambiar de nuevo... y dejarme otra vez el Barón á mí.

EMILIA. ¡Qué escucho!

MARQ. Como lo oyes.

EMILIA. ¿Pero voy á estarme toda la vida á este tomo y á este dejo?

MARQ. Sí, señora. Al fin y al cabo, ¿no le dejo á usted uno? ¿Háse visto desagradecida?

EMILIA. Eso es. ¡Tú quieres que yo sea la víctima de tus caprichos! Después que por tus consejos me he embutido en este maldito traje, que me lastima por todos lados, y que... Vamos, esto no se puede sufrir.

MARQ. ¡Te rebelas! Hé aquí lo que una gana con sacar del cascarón á estas chiquillas. Todo lo quieren para sí.

EMILIA. Quien lo quiere, eres tú. Y eso que eres viuda, y que debías tener más consideraciones con las que no lo somos.

MARQ. Por lo mismo que soy viuda, por eso sé yo lo que más te conviene.

EMILIA. ¡Ay! ¡Si yo no tuviese puestos estos pantalones!

MARQ. ¡Cómo se entienda! ¿Qué harías?

EMILIA. Mi voluntad... mi gusto.

MARQ. ¡Cielos! ¡Se me sube á las barbas!... es decir, á las barbas, no... pero da lo mismo.

EMILIA. ¿No tengo por ventura derecho?

MARQ. Á nada. Retírese usted á su cuarto. Usted está bajo mi tutela, y debe obedecerme.

EMILIA. ¡Qué despotismo! Ni en Berbería.

MARQ. ¡Emilia!

EMILIA. (Llorando.) ¡Hum!

ESCENA ÚLTIMA

DICHAS; EL BARÓN y EDUARDO, que salen de pronto.

- BARON. ¡Calle!
- MARQ. ¡Oh! ¡Chito, ó vas á ser descubierta!
- ED. ¡Está llorando!
- BARON. ¿Quién? (Viendo á Emilia.) ¡Cómo! (Eduardo pasa al lado de ésta, y la mira atentamente.)
- MARQ. No hagan ustedes caso.
- BARON. Pero qué...
- MARQ. ¡Una insolencia de este lacayuelo mal criado!
- EMILIA. ¡Yo!
- ED. (Al Barón.) ¡Chico, tiene agujeros en las orejas!
- BARON. ¡Diantrel Si será con efecto... ¡Calla!
- MARQ. Perdonen ustedes... ¡pero me he sofocado tanto!... Márchate de aquí, picarón.
- BARON. Vamos, yo me empeño por él.
- MARQ. No, no; es un holgazán, un desagradecido...
- EMILIA. (¿Hay paciencia para oír esto?)
- BARON. (Observando á una y á otra.) Ven acá, chico.
- EMILIA. ¡Jamás!
- BARON. ¡Cómo!
- EMILIA. ¡Ay!
- ED. Es ella, Barón, ella.
- BARON. Yo lo sabré. Marquesa, ruego á usted que absuelva de su culpa á este muchacho.
- MARQ. No, señor: lo abandono... es decir, lo despido... Sí... lo despido de mi casa.
- BARON. ¡Despedirlo! ¿Y qué va ser del pobrecillo?
- MARQ. Repito que lo despido... ¿No lo oyes? Vete al punto.
- BARON. Permítame usted. Una vez que usted lo arroja de su casa... yo me le llevo á la mía.
- EMILIA. (¡Jesús!)
- MARQ. ¿Usted?
- BARON. (Se turban.) Sí, sí: ya está el negocio arreglado.
- MARQ. (Buen arreglo te dé Dios.) Pero...
- BARON. (A Emilia.) Ea, echa á andar. Vámonos.

ED. Sí, sí, vámonos.

MARQ. ¿Usted? ¿A dónde?

ED. A casa del Barón. Voy á pasar unos días con él... ¡Eal
Anda. (Emilia se deja llevar.)

MARQ. ¡Qué apuro! ¡Calle!... ¡Y ella se va de veras! ¡Cie-
los! (Llamándola, sin poderse reprimir.) ¡Emilia! ¡Ah!

BARON. ¿Emilia?

ED. (De rodillas.) ¡Perdón, señorita, perdón, si no la reco-
nocí desde luégo.

BARON. (Idem.) Marquesa, yo pido casamiento á todo trance.

EMILIA. ¡Dios mio! ¡Qué sonrojo!

MARQ. Esto ha sido una conspiración contra mí.

ED. ¡Señorita!...

BARON. ¡Señora!...

MARQ. ¿Qué dices tú?

EMILIA. Que ya no cambio más.

MARQ. Ni yo tampoco.

BARON. ¡Oh, dicha!

ED. ¡Oh, ventural!

BARON. ¡Oh, placer!

LOS DOS. ¡Oh! ¡oh! ¡oh! ¡oh!

MARQ. ¡Chist, señores, chist! Basta ya de *Te Deum*.

BARON. Es verdad, vamos á ver;
á usted le toca, Marquesa:
corone usted nuestra empresa
colmándonos de placer.

MARQ. Bien, Barón, lo voy á hacer. (A Emilia.)
Ven tú conmigo.

Al público.) Postradas,
hé aquí á las recién casadas.
Danos, si no te incomoda,
como regalo de boda,
una... ó dos... ó tres palmadas.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO

Aprobada y devuélvase.

FRANCISCO DE HORMAECHE.

Madrid 7 de Abril de 1851.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.